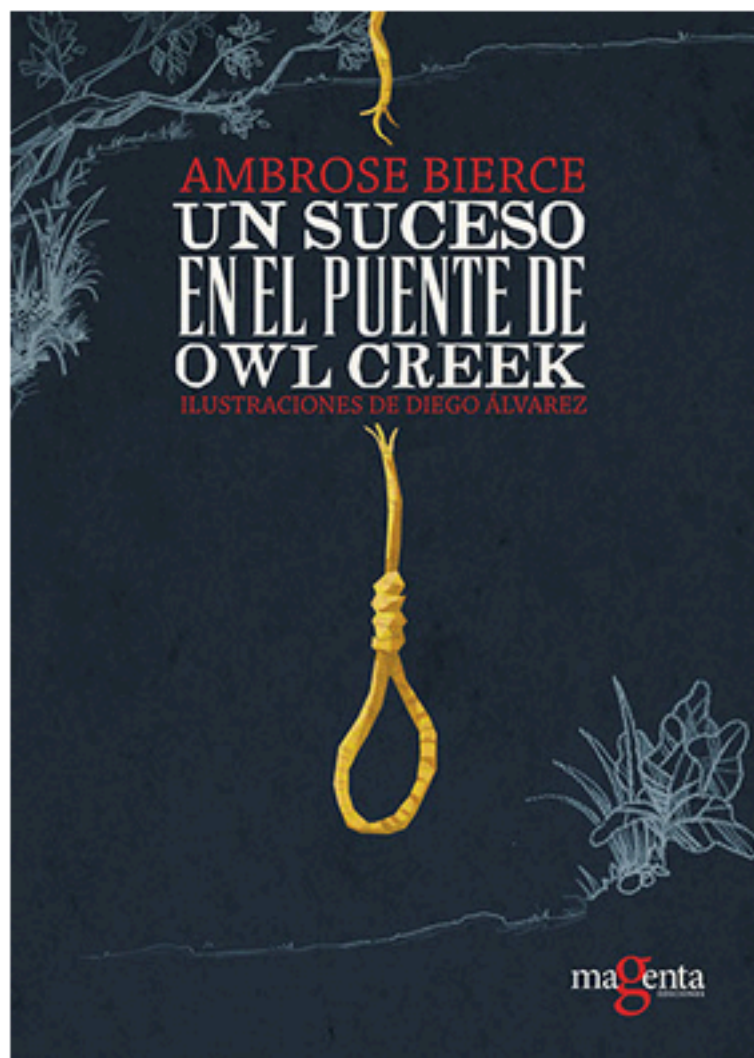


## Un suceso en el puente de Owl Creek



Esta nueva versión ilustrada del cuento escrito por el enigmático escritor norteamericano Ambrose Bierce es uno de los relatos cortos de la literatura estadounidense más leídos, más admirados y que se ha incluido en más antologías.

Originalmente publicado por The San Francisco Examiner en 1890, fue incluido en su reconocido libro Historias de soldados y civiles (1892). El relato, situado en el contexto de la Guerra Civil Estadounidense, es célebre por su manejo del tiempo e inesperado final.

Ambrose Bierce

Ilustrador: Diego Álvarez

27.0 x 19.3 / 36 páginas / 2014

ISBN: 978-607-00-8172-9

Coeditado por Conaculta, 2016

Seleccionado para Bibliotecas de Tiempo Completo SEP, 2016



## I

Desde un puente ferroviario en el norte de Alabama, un hombre veía cómo corría el agua con rapidez seis metros más abajo. Tenía las manos detrás de la espalda y las muñecas atadas con un cordón. Una soga rodeaba estrechamente su cuello. Estaba sujeta a uno de los durmientes transversales de la estructura, ubicado justamente arriba de él. La punta de la cuerda colgaba hasta la altura de sus rodillas. Igual que sus verdugos —dos soldados rasos del ejército federal comandados por un sargento que en la vida civil bien podría haber sido el segundo de un alguacil—, permanecía de pie sobre un tablón suelto, colocado sobre las traviesas de las vías del tren. A unos cuantos pasos, sobre la misma plataforma improvisada, estaba un oficial armado y uniformado como correspondía a su rango. Era un capitán. En cada extremo del puente un centinela montaba guardia con el rifle en posición “de apoyo”; es decir, vertical frente al hombro izquierdo, con el percutor sobre el antebrazo cruzado recto sobre el pecho: una posición formal y poco natural que impone al cuerpo una postura erecta. Saber qué ocurría en el centro del puente no parecía estar entre las responsabilidades de estos dos hombres, que se limitaban a bloquear los accesos al tablado que lo atravesaba.



## II

Peyton Farquhar era un próspero hacendado que pertenecía a una familia de abolenos muy respetada en Alabama. No es de sorprender que siendo poseedor de esclavos y –al igual que muchos otros dueños de esclavos– también político, fuera secesionista de origen y ferviente defensor de la causa del Sur. Una serie de circunstancias imperiosas –que resulta innecesario relatar aquí– le habían impedido enlistarse en el gallardo ejército que había luchado en las desastrosas campañas a las que la caída de Corinth puso fin. Esta limitación sin gloria lo irritaba, y anhelaba desahogar su energía, la rica vida del soldado y la oportunidad de recibir alguna distinción. Sentía que esa oportunidad le llegaría tarde o temprano, como le llega a todo el mundo en tiempos de guerra. Mientras tanto, hacía lo que podía. No había servicio a favor del Sur que le pareciera demasiado humilde ni aventura demasiado arriesgada para un civil con corazón de soldado que, de buena fe y sin mayor reparo, concordaba –por lo menos en parte– con la máxima, francamente infame, de que en la guerra y en el amor, todo se vale.

Una tarde, mientras Farquhar y su esposa estaban sentados en una banca rústica a la entrada de su propiedad, un soldado

ficiente frecuencia como para saber el aterrador significado de ese canto deliberado, arrastrado y aspirado: el teniente en tierra firme estaba tomando parte en las labores del día. Con qué frialdad e impiedad –con qué entonación tranquila y uniforme que presagiaba e infundía calma en los hombres– con qué intervalos tan exactamente medidos cayeron estas crueles palabras:

“¡Compañía!... ¡Atención!... ¡Preparen armas!... ¡Listos!... ¡Apunten!... ¡Fuego!”

Farquhar se sumergió; se sumergió tan profundo como pudo. A pesar de que el agua rugía en sus oídos como la voz del Niágara, escuchó el sordo estruendo de la descarga y, al subir nuevamente hacia la superficie, se topó con brillantes pedazos de metal, singularmente aplanados, que oscilaban lentamente hacia el fondo. Algunos le rozaron la cara y manos antes de desaparecer en su descenso. Uno quedó atrapado entre el cuello de su levita y su piel. Su temperatura era desagradablemente caliente. Se deshizo de él.

Tan pronto salió a la superficie, jadeante, se percató de que había estado mucho tiempo bajo el agua: era perceptible que

estaba más lejos del puente; más cerca de salvarse. Los soldados casi habían terminado de recargar sus armas; las baquetas metálicas se iluminaron simultáneamente bajo la luz del sol mientras eran retiradas de sus respectivos cañones, volteadas en el aire y guardadas en sus fundas. Los dos centinelas dispararon nuevamente, de manera independiente y sin consecuencias.

El hombre al que perseguían lo vio todo por encima de su hombro; ahora estaba nadando vigorosamente en el sentido de la corriente. Su mente tenía la misma energía que sus brazos y piernas; su pensamiento, la rapidez de un rayo.

